

CULTURA Y PROPAGANDA PEDAGOGICA

CONFERENCIAS EN EL ATENEO

# SOBRE LA LECTURA

POR EL

EXCMO. SR. D. AMÓS SALVADOR



MADRID: 1913 — TIP. «LA ITÁLICA»  
VELARDE, 12

CULTURA  
Y  
PROPAGANDA PEDAGOGICA

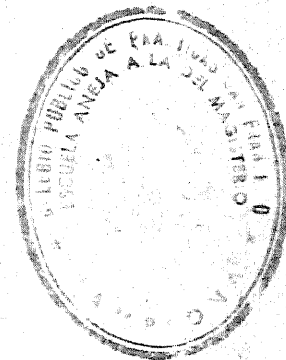
ATENEIO DE MADRID

CURSO DE 1913

# SOBRE LA LECTURA

POR EL

EXCMO. SR. D. AMÓS SALVADOR



*A. A.*  
MADRID: 1913 — TIP. «LA ÍTALICA»  
VELARDE, 12

Secc. E Núm. 42

## Asociación de Antiguas Alumnas de la Normal de Navarra

BIBLIOTECA

AVISOS IMPORTANTES

- 1.º Se ruega no se manchen los libros, ni se escriba en ellos, ni se doblen las puntas de sus hojas.
- 2.º La que pierda, o deteriore notablemente un libro, está obligada a pagar su precio, o poner otro nuevo.
- 3.º La salud de todas las asociadas exige que no se dejen *nuestros libros* en manos de enfermos contagiosos.
- 4.º Para leer en casa nuestros libros, se abonará 10 céntimos por ocho días; pasado este plazo, se pagará nuevamente 10 céntimos por ocho días improrrogables.
- 5.º Los libros de la sección **E** se podrán retener por un mes, abonando 25 céntimos.

*Estas conferencias han sido organizadas por la Asociación de Alumnos de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, patrocinadas por el Ateneo de Madrid, y costea su publicación la Asociación de Inspectores de 1.<sup>a</sup> Enseñanza.*

---

## Sobre la lectura.

Señores: Os aseguro formalmente que no me atrevería a ocupar vuestra atención, a abusar de vuestra benevolencia si antes no hubiérais cometido vosotros el abuso de tenerla exagerada conmigo. Pero de tal suerte me habéis tratado siempre que ocupo esta cátedra, desde hace muchos años, que ya me atrevo a todo. ¡Y ya es atreverse el venir a tratar de cosa al parecer tan de escasa importancia como la lectura, exponiéndome a que se piense que quiero hacer alarde de ingenio o que se diga que doy valor a verdaderas verdades de Pero Grullo! ¡Pero no lo puedo remediar, y no tengo para qué ocultarlo: raya en monomanía mi afición a tratar temas que yo mismo llamo pequeños!

No es eso lo frecuente. Lejos de eso, cuantos hacen discursos de recepción académica, de inauguración de Centros docentes o de otra índole, cuantos ocupan este sillón u otros parecidos, buscan asuntos que exijan muchos años de estudio y hacen con ellos el alarde de extractarlos y resumirlos. A mí me gustan más, en cambio, aquellos que para ocupar una o dos horas necesitan ser ampliados, esclarecidos, ensanchados y extendidos.

Y no creo que deban éstos rechazarse de modo alguno; porque si bien se piensa, todo el desarrollo científico humano parte de fenómenos de mezquina importancia sobre los cuales se piensa y se construye.

Fenómeno bien sencillo es que un fruto maduro se desprenda de un árbol; pero si lo ve caer un Newton y sobre ello piensa, nos da la teoría de la Gravitación universal, gracias a la que sabemos cómo los astros viven y se mueven en el espacio eterno e infinito; insignificante parece el ver cómo el agua contenida en un recipiente se evapora, y si esa evaporación la producimos artificialmente y la sometemos a presión en una caldera y colocamos ésta en una locomotora, matamos las distancias y damos vida a las industrias; cosa baladí parece el que un brillante despida pasajeros destellos desde el fondo de una joya en el cuello de una dama, y cuando penetramos con el entendimiento en esos cambiantes de luz, aprendemos un lenguaje que nos pone al habla con las estrellas, y hablando con ellas en ese lenguaje nos dicen, a través de distancias inconcebibles, cuál es su constitución química; y del género de las luminosas son las ondulaciones de que nos valemos para comunicarnos a lo lejos sin hilos; de fútil puede calificarse el hecho de que frotado el succino atraiga los cuerpos ligeros, y tirando de ese cabo hacemos que la luz y la

electricidad sean portadoras del sonido, llevando instantáneamente a los antípodas la palabra humana y construyendo toda la ciencia que tanto nos maravilla con sus descubrimientos, y que ha variado por sí sola la civilización del mundo; dar oídos a un loco, por locura habrá de tenerse, y, no obstante, si aquel a quien llaman loco es Cristóbal Colón, por dar oídos a un loco se abrazan dos mundos; finalmente, por torpe habrá de tenerse el que dé margen a que se piense ahora que estoy haciendo un párrafo puramente literario, para terminarlo con eso que vulgarmente llamamos *latiguillos*, y no obstante, en el fondo de eso que parecen fuegos artificiales, está también el fondo de la conferencia que os voy a dar esta noche. (*Risas y aplausos.*)

Porque fijáos bien; de que un fruto maduro se caiga, hemos sacado la gravitación universal, que es casi toda la Astronomía, que puede ya hacer milagros como descubrir sólo por el cálculo el planeta Neptuno; de que un prisma descomponga la luz o que el agua se evapore, o que un cuerpo frotado atraiga otros ligeros, hemos deducido otras ciencias asombrosas de que el espíritu humano se enorgullece; en una palabra, todo el enorme caudal de conocimientos humanos, trátase de la ciencia que se quiera o de todas juntas, es, en suma, el trabajo perseverante que acumula observaciones y juicios sobre primeros descubrimientos, al parecer baladíes.

Pero ¿hubiera podido caminarse tanto si cada generación y cada hombre no hubiera podido apoyarse en los adelantos ya realizados por hombres y generaciones anteriores? ¿Si las ideas sólo se hubieran transmitido por la tradición confiadas a la memoria? ¿Si no se tuviera un medio de dar firmeza, de dar estabilidad, de dar permanencia a esas ideas para que en cualquier tiempo pudieran reproducir-

se sin ser bastardeadas, de suerte que otros hombres o generaciones se adueñaran de ellas y sobre ellas edificaran?

Desde los tiempos más remotos se ha sentido esa necesidad imperiosa y se ha pretendido legar a los venideros los descubrimientos por medio de dibujos más o menos groseros, por jeroglíficos o en otras formas, hasta que, también en esto como en otros anteriores, se descompuso el lenguaje en palabras, las palabras en sílabas, las sílabas en letras, y dando a éstas una representación gráfica, se llegó a la escritura, gracias a la cual se alcanza lo increíble de que cosa tan inmaterial como las ideas dejen un rastro, una huella, una impresión material que les asegura en el tiempo vida perdurable.

Y así como la necesidad de dar duración a los pensamientos nos lleva a inventar signos materiales, cuya combinación produce la escritura, la necesidad de rehacer las ideas escritas nos lleva a la lectura.

Sin pasar adelante, ya con lo dicho llegamos a un resultado que pudiera parecer extraño; porque como nosotros lo primero que hacemos es aprender a leer y después a escribir, piensan algunos que primero es leer que escribir; pero aparte de que pronto se saca del engaño al que lo tenga, diciéndole que no podría leer lo que no estuviere escrito, y que si no tuvieran antes las letras signos que las representaran, no las distinguirían, el proceso de lo que vengo diciendo demuestra que primero es fijar los pensamientos por medio de la escritura y después reproducirlos por medio de la lectura.

¿Qué es, pues, la lectura? ¿El mecanismo de reproducir con la palabra o con el pensamiento los

vocablos ocultos bajo los signos de la escritura? ¿El deletrear? ¿Lo que se enseña a los niños en las escuelas elementales? ¿Evidentemente no! Esa es una idea equivocada y sólo puede saberse con exactitud lo que es partiendo del origen que acabo de dar a conocer.

Lo que se escribe y se fija no es solamente las palabras, sino las ideas, los conocimientos; para conservar las palabras bastaría un diccionario; para conservar los pensamientos se necesita la escritura. Por eso la lectura debe ir tan lejos como sea necesario para dar interpretación completa a lo escrito; no se lee mientras no se reproduce con perfecta fidelidad el pensamiento, la idea a que se ha tratado de dar fijeza.

Lectura, según el Diccionario de la Academia, es la acción de leer; pero, si por leer se entiende el recorrer con la vista un escrito, dando valor a los signos gráficos que contiene y pronunciando o no las palabras, eso no es la lectura; es mucho más que eso: es interpretar un texto de la manera que se crea que ha estado en la mente del autor.

Si se me pidiese ahora una definición de la lectura, diría que «es, no el mecanismo de reproducir palabras, sino el arte de reproducir con perfecta fidelidad y exactitud las ideas que se nos transmiten por medio de la escritura, dándoles el matiz, el colorido, la expresión que plugo a su autor asignarles e interpretando a éste, así en el fondo como en todos sus detalles».

Concretando un poco más lo que ya os he dicho, el proceso es éste: 1.º Ideas a que se quiere dar fijeza. 2.º Moldearlas en el lenguaje. 3.º Y también inmaterial, darles la fisonomía del estilo; luego viene la parte casi material de representar por medio de signos gráficos las palabras. Y para deshacer lo andado y volver al origen, lo primero es dar va-

lor materialmente a los signos para reproducir las palabras; pero luego viene el trabajo de interpretación, que si la costumbre nos lo hace ver como simultáneo, no por eso deja de ser cosa bien distinta.

Al que no hace más que representar gráficamente las palabras, se le llama *escribiente*; al que moldea en el lenguaje sus pensamientos, *escritor*. Del mismo modo al que sólo da valor a los signos gráficos, pronunciando o no las palabras, se le llamaría, si pudiéramos hacer uso de una palabra anticuada, aunque castiza, *leyente*, o empleando otra palabra, también castiza y anticuada y que todavía tiene algún uso, *leedor*; pero sólo es *lector* el que reproduce los pensamientos escritos con la interpretación que le es propia. Así se dice «es gran leedor», por gran aficionado a leer, pero sólo es gran lector el que sabe leer bien; *muy leedor*, al que acostumbra a leer mucho; pero nunca se dice es «muy lector», porque necesita un calificativo que exprese el modo de ser del lector.

Lo primero, se enseña y se aprende pronto; lo segundo, nadie lo enseña ni se aprende en ninguna parte, lo adquiere uno mismo con los años, lo perfecciona con la educación, aprende mientras vive, y, acaso, se muere sin haber aprendido lo bastante.

Sin ir más lejos, vemos ya que la idea tan generalizada de que el leer es cosa fácil y que sólo dejan de saber hacerlo las clases más descuidadas e ignorantes, se convierte en esta otra: «Pocas cosas hay tan difíciles como saber leer bien, y pocas personas, si hay alguna, pueden vanagloriarse de saber hacerlo».

No todas las personas creen que el leer es cosa fácil, y algunas reconocen la dificultad; pero es muy frecuente el ver que esa dificultad se recono-

ce tan sólo para la lectura en público, y las que tal piensan hacen este razonamiento, al parecer, incontrovertible, y que, sin embargo, es falso. «No es extraño que yo no pueda impresionar a un auditorio ni transmitirle mis interpretaciones con eficacia, porque tengo mala voz, defectos de pronunciación o falta, en suma, de aquellas condiciones que necesita reunir quien hace actos públicos; pero eso no me importa, porque no he de leer para el público, sino *para mí*, pudiendo coger un libro y aprender en él cuando quiera lo que me acomode y *eso ya lo sé*».

¡Quia! Si tratáramos ahora de la lectura en público, de que luego hablaré, pronto creo que nos pondríamos todos de acuerdo; pero digo que no es eso en manera alguna; digo que gran número de los que piensan que saben leer para sí se equivocan, y que es bien difícil leer bien, tanto en público como privadamente, tanto para los demás como para uno mismo. Cierta que cuesta trabajo el pensar que, debiendo a la lectura casi todo lo que sabemos, hayamos podido adquirirlo sin saber leer o leyendo mal; pero no nos paremos en la superficie, y veamos si el saber algo, y aun mucho, basta para demostrar que sabemos leer bien. Dos dichos vulgares bastan para establecer una diferencia esencialísima. El primero es éste: *Leer por alto, leer por encima*, con lo cual se dice que se hace de una manera imperfecta, ligera, de corrido o de pasada, y nadie extrañará que la cultura saque menguado partido de ese modo de leer. En cambio, se dice que una persona *ha leído bien un libro*, y con ello se afirma que lo ha hecho con detención, pensando, meditando, discurrendo, lucubrando, dando importancia al acto que se realiza y sacando verdadero provecho de la lectura.

Me contento, por ahora, con haber llegado a esta



conclusión de importancia, que, además de la distinción necesaria entre la lectura material y la que llamaremos espiritual, para distinguirla de ésta, hay dos maneras de leer dentro de uno mismo: la una descuidada, imperfecta y de escaso o ningún valor para la cultura; y la otra, la verdadera lectura, la que vale, la que ilustra, la que da fruto, la que se hace con detenimiento, discurriendo y concentrando las facultades intelectuales.

Penetrando todavía más en el fondo, no puede dudarse que, entre otras condiciones, son esenciales para leer bien la sensibilidad, el talento, la ilustración y una educación apropiada.

Sensibilidad. ¿Quién podrá creer que sea capaz de interpretar bien los pasajes poéticos y bellos de una obra el que no sea persona que se impresione con la poesía y sepa sentir lo bello?

Talento. ¿Podrá el necio penetrar jamás tan hondo en el secreto de las grandes ideas como el genio?

Ilustración. ¿Cómo será posible que, al igual del hombre ilustrado, saque el ignorante partido de las imágenes, comparaciones, paralelos, recuerdos, alusiones, citas o referencias en que intervienen todas las ciencias y conocimientos humanos?

Educación apropiada. ¿Estará en las mismas condiciones para aprovecharse de la lectura el que nunca lee o lee mal y del modo ligero e ineficaz que acabo de describir, y el que tiene por costumbre leer mucho, ordenada y razonadamente y tal como acabo también de decir que debe leerse?

¿Creéis que todas las personas pueden sacar igual partido de la lectura de la *Divina Comedia* o del *Quijote*?

¿No se escriben las leyes lo mismo para todos los hombres, y tienen, no obstante, muchísimas interpretaciones? Porque, aparte las que se buscan

por conveniencia o por necesidad, aparte las que provoca la oscuridad que puede tener lo escrito, ¿sería inocente el pensar que sensibilidades distintas, talentos distintos, ilustraciones distintas y educaciones distintas, interpretarían de la misma manera lo que, no siendo matemático, se presta a ser de diversos modos interpretado!

Que para la lectura se necesita una preparación superior a la que simplemente enseña a reproducir las palabras representadas por signos gráficos, lo demuestra la ineficacia de lo que así se lee en una lengua desconocida.

Asimismo contribuye a esa demostración lo que pasa, por ejemplo, a los alumnos de Matemáticas. Creen, y con razón, los que de esta ciencia escriben, que no sería posible, que sería el cuento de nunca acabar, que es totalmente innecesario y aun perjudicial el recordar para la demostración de cada teorema o doctrina cuanto le sirve de fundamento; escriben lo que juzgan indispensable y dan por supuesto que se sabe y recuerda cuanto precede y para la debida comprensión se necesita.

Y los profesores ven en seguida la diferencia que hay entre sus alumnos, porque mientras unos los maravillan por lo pronto y bien que aprenden las lecciones, otros, que acaso tienen más talento y estudian más, no pueden aprenderlas sin consultar a los compañeros o a ellos, sin duda, por tener peor memoria o no haber sacado tanto provecho de los estudios anteriores. ¿Qué es eso, en suma? Pues es sencillamente, y dando a las cosas los nombres que merecen, no estar en condiciones para poder reproducir lo que el autor dejó escrito; más claro, ¡no saber leerlo!

Pero más que seguir en este orden de consideraciones, prefiero traerlos a la memoria el recuerdo de lo que seguramente habéis experimentado mu-

chos de vosotros y que me permitirá generalizar y sacar deducciones muy tristes, es verdad, pero muy provechosas. Algunos habrá aquí contemporáneos míos, para los cuales será recuerdo de días ya muy lejanos, por desgracia; para otros, por fortuna más jóvenes, ¡será enseñanza!

En aquellos tiempos de estudiante a que me refiero no era raro ver que se anunciaban en ciertas reuniones y en los teatros, singularmente en el que hoy es Español y entonces Príncipe, lecturas de la *Divina Comedia*, pasajes del *Quijote*, poemas de Núñez de Arce, poesías de Zorrilla, Calderón, etcétera, y se encargaban de interpretarlas nada menos que la Ristori, Salvini, Rosi, Mayeroni, Calvo, Vico, Zorrilla, Ventura de la Vega, y sobre todos, Romea. Y tal efecto producían aquellas lecturas, que cuando se daba el caso de venderse en las puertas del teatro aquellas composiciones, se las arrebatava el público de las manos, ganoso de conservar y recordar aquellas bellezas que tan vivamente le habían impresionado, haciéndole agradablemente sentir; pero cuando una vez en nuestra casa queríamos refrescar aquellas impresiones, repitiendo para nosotros la lectura, venía el desencanto, que yo confieso y que otros amigos me confesaban también de ver ¡que ya no nos gustaba lo que leíamos! ¿Qué explicación tiene eso? ¿Cómo explicarnos que el mismo trozo de la misma composición era bellísimo leído por otras personas y de escaso mérito leído por nosotros, aun después de habérnoslas hecho que existían aquellas bellezas y habérnoslas hecho sentir y admirar? ¡No hay más explicación que ésta: ¡No sabemos leer! Y en vano se dice que eso consiste en que no se puede prescindir del atractivo de la voz humana y del que lleva consigo esa especie de representación, porque así como cuando se lee sin pronunciar las

palabras con el órgano de la locución, el pensamiento las pronuncia, sin embargo, así también la imaginación percibe el sonido de la voz y el colorido de la entonación dentro de uno mismo, y precisamente porque eso sucede, dicen los que piensan que saben leer para sí que sólo les falta medios de transmisión materiales, que no se queda por falta de interpretación o de conocimiento, sino de ejecución, del mismo modo que un jugador de billar puede saber perfectamente cómo se hace una carambola y faltarle, no obstante, la destreza de ejecución suficiente.

Por duro que sea el confesarlo, lo que precede nos persuade de que *no sabemos leer*, y partiendo de esa base y generalizando lógicamente, llegamos a una conclusión inexcusable y mucho más triste todavía.

El razonamiento es éste: si cuando se nos ha hecho conocer el mérito de una composición y saborear sus bellezas, no hemos sabido reproducirlas, debemos pensar que si antes de eso hubiéramos leído nosotros el pasaje, hubieran pasado para nosotros inadvertidos, y como no es lógico pensar que eso nos sucede sólo en ese caso, sino que igual nos pasará siempre que leamos, tendremos también que confesar, por doloroso que sea, que nos falta mucho para saber leer, que leemos a medias, y, que en suma, no sacamos el debido fruto de la lectura, desaprovechando malamente el tiempo empleado y el trabajo consumido.

Y así sucede, en efecto: el que más costumbre tiene de leer, pero leer con detenimiento y concentración, quien más y mejor estudia, con tanta mayor facilidad se asimila los conocimientos y se ilustra.

No se crea que si digo estudiar por leer, para darle más fuerza, los confundo; se necesita el estu-

dio; pero él puede modificar y mejorar lo escrito, mientras que la lectura se limita a reproducirlo fielmente.

Me lisonjea la esperanza de haber conseguido llevar a vuestro ánimo el convencimiento de lo que vale la lectura y cómo debe hacerse para que sea buena. Más os diría sobre lo mismo si el reloj que miro no me apremiara; pero si más fuera preciso, me limitaría a rogaros que creáis, bajo mi palabra, lo que ahora os diré, y ganando yo tiempo, no lo perderéis vosotros.

Os aseguro que por las circunstancias especiales en que siempre he vivido, por mi carrera, mis amistades, mis parentescos y mis aficiones, he tratado en la Escuela de Caminos, Universidad, Congreso, Senado, Academias y Centros de toda índole, unas veces como maestros, y otras como discípulos, compañeros o amigos, a las personas de más valía de la España contemporánea, y a muchas de ellas con verdadera intimidad. Algunas eran tan estudiosas y aficionadas a la lectura, que parecía inverosímil el que la cortedad de la vida diera espacio para examinar tantas materias diversas y leer tantos libros; y no obstante, había entre éstas algunas, que con haber leído tanto, eran sin duda de ningún género, de las más ignorantes que he tratado.

¡Aquellas cabezas eran y son aún verdaderas ollas de grillos, en las que si los grillos no cantan, cantan a su gusto las ideas, sin ponerse nunca a tono ni obedecer jamás a una batuta! (*Risas y aplausos.*)

¡Desgraciados de los que sigan la dirección o los consejos de tales eminencias!

En cambio, ¡cuántos que han leído mucho menos, saben muchísimo más y maravillan con los frutos de su ingenio y nos sirven de ejemplo que imitar, anhelando siempre su consejo y su dirección! Porque, en suma, no importa tanto leer mu-

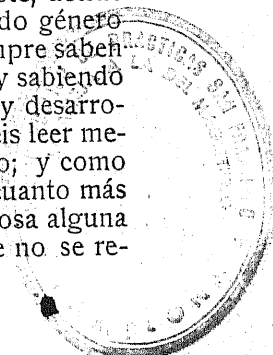
cho como leer bien; se puede leer mucho y saber poco y se puede saber mucho más leyendo menos, pero leyendo mejor. (*Aplausos.*)

Y dejo ya este camino, porque de seguro me decís ya que basta de desatenciones tan repetidas. ¿Es, me diréis, el objeto de esta conferencia, decirnos con escasa cortesía que leemos mal ó no sabemos leer? ¡Porque eso ya lo hemos oído varias veces! (*Risas.*)

¡No es ese ciertamente mi propósito! Le busco un fin práctico, y a eso voy, si todavía me acompaña vuestra paciencia; pero fijando antes un poco más las ideas.

He dicho que para saber leer bien era necesario gran ilustración, sensibilidad y talento. La ilustración se consigue con los años, con el solo vivir, pero mucho más con el trabajo y el estudio continuados, y esa ilustración modifica y perfecciona, no solamente la sensibilidad, sino el conjunto de dotes intelectuales a que llamamos talento, de suerte que, por los mismos medios y a la vez, se adquiere el desarrollo y perfeccionamiento de esas tres condiciones tan indispensables.

Así es que puedo daros un consejo persuadido de que os aconsejo bien para el logro de lo que me propongo, a saber: que frecuentéis mucho este Ateneo y los Centros de cultura como éste, donde siempre hay cátedras abiertas sobre todo género de materias, con profesores que casi siempre saben más de ellas que quienes los escuchan, y sabiendo cada día más, educando la sensibilidad y desarrollando el talento, también cada día sabréis leer mejor y sacar de la lectura más provecho; y como cuanto mejor se lee más se aprende, y cuanto más se sabe mejor se lee, no podréis hacer cosa alguna en ninguno de estos dos conceptos que no se refleje en el otro.



Por lo que llevo dicho, sabemos ya todo lo que vale el leer bien y cómo se consigue hacerlo cada vez mejor; pero ¿cómo averiguar los adelantos que se vayan haciendo? En mi sentir, de ningún modo, si hemos de ser nosotros mismos jueces a la vez que parte; pero con facilidad si dejamos a otros que nos juzguen y califiquen.

Y para este género de estudio, que no sólo lo califico yo de superior, sino de superior a todos los demás estudios superiores, hay un *laboratorio* especial, cerrado todavía para todos y que para todo intento que se abra, al cual hay que acudir para hacer las debidas prácticas, y ese laboratorio es *la lectura en público*.

Sucede, en efecto, que así como no cabe negar que puede haber quien sabiendo leer para sí, no sepa hacerlo para un auditorio, menos aún puede negarse que ha sabido leer para sí el que ha sabido hacerlo para los demás, logrando hacerles percibir las bellezas y la intención de lo escrito, haciéndoles aplaudir y reconocer la bondad de una buena lectura. Y no sólo la frialdad o el calor con que el público acoja las lecturas servirá para indicar el grado de perfeccionamiento a que se llegue, sino que, además de estimular, nos da el medio de perfeccionarnos; porque, cuando uno haya de leer sólo privadamente, puede ser con él mismo más descuidado, más benévolo, más contentadizo; pero si sabe que ha de ser por otros juzgado y censurado o aplaudido, habrá de poner en la empresa de agrandar todo su esfuerzo, todo su empeño, siéndole ya imposible leer por encima y con descuido, sino con el deliberado propósito de extraer todo el jugo a que lo escrito se preste y sea capaz de obtener su mayor o menor inteligencia, puesta en juego con la decisión de desarrollarla.

Y digo que considero tan superior este estudio

y le asigno tanta importancia, que os aseguro con la más grande persuasión que no creo que puedan hacer por la cultura veinte cátedras abiertas en este Centro para veinte asignaturas de las más encopetadas, con veinte profesores de los más ilustres. lo que una sola buena clase destinada a enseñar a leer. (*Aplausos*)

Concretada así la cuestión, veamos qué es eso de la lectura en público, como aspecto práctico que le busco a esta Conferencia.

La lectura en público es una manifestación artística, y la base de toda manifestación artística es *la verdad*. Verdad de fondo y verdad de forma. La verdad de fondo es la interpretación que ha de ser rigurosamente exacta siempre, tanto cuando se hace privada como públicamente, y de esto, si no hubiese dicho ya lo bastante, no me permite el tiempo que falta decir más.

Pero, cuando dueños de una interpretación, pretendemos transmitirla por medio de la palabra a un auditorio, sirviendo de vehículo a las ideas contenidas en lo escrito, la naturaleza del acto, las costumbres sociales, las prácticas establecidas, la fidelidad en la expresión y el fin a que se tiende, imponen ciertas aptitudes y reglas que es lícito discutir, y con ello voy a ocuparme brevemente ya.

La lectura invade con facilidad y siempre torpemente el campo de la declamación. En las obras que interpretan los actores, hacen siempre la parte de personajes, a los cuales se sustituyen, y en tal concepto, y dada la índole de la representación dramática, deben imitar sus gestos, sus actitudes y sus movimientos; pero las ideas, los pensamientos, las bellezas literarias, el estilo, no tienen brazos ni piernas, ni semblante que se mueva, y no tiene para qué moverlos el lector que interpreta. Aun en el caso de que la composición hiciera intervenir a

las personas, sería presuntuoso y ridículo el darles representación leyendo. La voz y la entonación es lo único que debe manejar y perfeccionar el lector, como medio, se entiende, de transmisión material, aunque siempre dirigida por la inteligencia, ¡que es el hombre!

Que el lector necesita tener cuerpo de voz suficiente para dejarse oír del público, apenas hay que decirlo, porque lo primero de todo es, ser oído; pero pocas veces deja de tenerse la necesaria; otras se compensa hablando más despacio o más claro o con recursos artísticos que impongan silencio y, en todo caso, esto se adquiere y perfecciona. Dejo aparte lo que se nos dice de Demóstenes que logró hacerse oír, dominando el murmullo de las muchedumbres, por la costumbre de hablar en la playa y sobreponerse al estrépito del oleaje y de las rompientes; digo que se adquiere o debiera adquirirse en las escuelas, por raro que parezca. Y parecerá raro, porque no vemos en ellas vestigio alguno por donde podamos imaginar que se atiende a lo que es exclusivamente propio de esas edades, tanto porque se relaciona con cosas materiales que no exigen desarrollo marcado de la inteligencia, como porque proporcionan elementos que más tarde harán falta para los perfeccionamientos que vengo recomendando. Se hace que los niños pierdan o estropeen la voz en vez de mejorarla, haciéndoles cantar en coro y hacer otras diabluras con que no quiero ocuparme; pero no se piensa siquiera en que la emitan bien, en que sepan respirar, hacer los alientos, pronunciar correctamente, corregir los vicios que tuvieren y tantas y tantas otras cosas que no quiero ya ni enumerar.

El timbre tiene singular importancia, porque unos son agradables y simpáticos, mientras otros son repulsivos e intolerables; pero, sobre que tam-

bién esto se modifica, no es tan grande como pudiera pensarse, porque si en los primeros momentos se hace dominante, se borra así que el auditorio se empapa en las ideas que se le exponen y en la manera como se le dicen. Sin eso Castelar no hubiera pasado a la categoría de gran orador que por unanimidad le reconocimos; pero nadie oía su voz excesivamente aguda, sino los hermosos conceptos que emitía y la elocuencia insuperable con que los hacía sentir.

Más importante es todavía la flexibilidad que permite acomodarla a todas las entonaciones y variedades de la expresión, y también esto se educa.

La pronunciación clara y correcta es también indispensable, porque no hay lectura grata con una locución defectuosa; pero también este género de defectos se corrigen.

La entonación, repito, es el alma de la lectura. De ello pende por completo la expresión de que la lectura es susceptible y con ella se pueden lograr todos los efectos de la oratoria y de la declamación, sin poner en juego otros elementos artísticos de que éstas se valen y con muchísima mayor dificultad, por tanto.

La entonación monótona, fría, indiferente, presuntuosa, ridícula o exagerada en cualquier sentido, no puede conducir más que al aburrimiento del que escucha y al fracaso del que lee. Ha de ser varia, flexible, sobria y tan verdadera que se acomode con toda escrupulosidad a lo que se dice, sin afectación, con sencillez, con precisión y con naturalidad.

Pero ¿hasta qué punto de verdad debe llegarse? ¿Cuál debe ser su carácter general? Si antes he dicho que no debe invadir el campo de la declamación, ¿entre qué límites debe conservarse? En mi concepto puede aconsejarse, como base, que el lec-

tor procure un efecto tal, que quien lo escuche sin verlo, fuera del recinto donde se lee, crea que se habla; pero digo *como base*, porque no puede tomarse en absoluto, y es preciso hacer sobre ello algunas observaciones.

Desde luego, todos sabéis que hay personas que hablan de una manera defectuosa, con tonillos desagradables, sin género alguno de expresión o dándole tan marcada, con gritos descompasados e injustificables, que se hacen molestas, y los que leyeran como esos hablan, leerían muy mal. Hay, pues, que modificar lo dicho, añadiendo que habrá de parecer que hablan... ¡las personas que hablan bien!

Agregando a esto el que cuando haya posibilidad de elegir entre varios modos de expresión deben adoptarse los más modestos, más mesurados, más tranquilos, menos presuntuosos y de mejor gusto, podríamos dar por suficientemente esclarecido este concepto.

¡Pero viene ahora la mayor dificultad con que tropieza siempre la lectura!

Porque debiendo parecer que se habla y leyéndose tanto mejor cuanto más se acorte la distancia entre el lector y el orador... ¡es el caso que esa distancia no debe jamás ser cero!

Voy a ver si logro demostrarlo, primero con el razonamiento y después con el recuerdo de un sucedido, que me ha servido de mucho en esta vida.

El razonamiento es éste: si la lectura fuera la declamación, llamaríamos a ésta lectura o declamación a aquélla, y no conservaríamos dos vocablos para representar la misma cosa; la lectura, por tanto, lectura, y la declamación, declamación. Asimismo, si la oratoria y la lectura fueran iguales, no conservaríamos las dos palabras distintas para ex-

presar un concepto único, y, por tanto, la oratoria, oratoria, y la lectura, lectura; son tres cosas distintas y deben caracterizarse distintamente.

Vamos ahora a un recuerdo que, como todo lo que es anecdótico, distrae la imaginación y la des cansa, ¡cosa que acaso necesitéis ya vosotros! (*¡No, no!*).

Estando yo de ingeniero en Logroño, fué una visita de inspección, y delante de unas obras le dije al inspector un compañero mío: «¡Ya le gustarán a usted estas mamposterías, porque son *casi* sillierías!» No dijo el inspector cosa alguna; pero cuando más tarde vió unas mamposterías de esas que llamamos de mosaico y que construimos con grandes cantos rodados, dijo resueltamente: «¡Estas son mamposterías! Las otras, por el *casi*, no eran silliería, y por parecerse a la silliería, no eran mampostería. Estas son mamposterías porque sólo se parecen ¡a mamposterías!»

Lo mejor, pues, que puede hacer una lectura es parecerse... ¡a la lectural!

Ya en este terreno, no extrañaréis que os diga que tengo por mucho más difícil leer la prosa que el verso, y la razón es bien sencilla. El verso se caracteriza, entre otras cosas, por la medida y el ritmo que restringe el campo de la entonación y que tiene por sí mismo un atractivo especial. Por eso, los que leen el verso, empenándose en que parezca prosa, atendiendo más a la puntuación ortográfica que a la medida, al acento y al ritmo, y obedeciendo a una regla, que no sé quién la habrá dado, pero que ha sido tan afortunada para ser obedecida, como es desdichada en su concepto, esos leen muy mal; porque si antes os decía que lo mejor que puede hacer la lectura es parecerse a la lectura, ahora os digo que lo mejor de la lectura en verso, es que nadie dude que se lee en verso.

¡No vale la pena de hacer versos para que suenen a prosa! Asimismo, cuando se trata de dar interpretación a una manifestación artística que no es totalmente verdadera, y no es tan verdad hablar en verso como en prosa, es indispensable y se disculpa el dejar de ser verdadero, por todo lo cual se consiente al leer verso alguna mayor compostura, alguna mayor afectación, algún parentesco más estrecho con la declamación! ¡Pero leer bien la prosa, sin tener el atractivo del ritmo, dar a todo expresión y colorido como si se hablara, dejando conocer, no obstante, que se lee, aspirar a los mismos efectos que la oratoria y la declamación, sin poner en juego más que la entonación y deber todavía ser esta tranquila, mesurada y sencilla, ¡es una de las dificultades más grandes que cabe concebir que puedan ser vencidas por el arte!

Veamos ahora, tan lacónicamente como ya es forzoso, los puntos de contacto que tiene con el orador, y cómo predispone para la oratoria.

Los dos realizan un acto público y necesitan relacionarse con su auditorio; el uno como el otro debe tener una voz agradable, natural ó artificialmente, pronunciación esmerada y flexibilidad para las entonaciones. El uno debe conocer bien el lenguaje y el otro también. A los dos les conviene la sensibilidad exquisita, la ilustración, el talento, la educación apropiada y la práctica bien dirigida de su arte respectivo. Si el orador no improvisa, da expresión a lo que es suyo; y si el lector no improvisa, se la da a lo que es de otro con mayor dificultad. Si el orador improvisa, produce y da expresión a lo que produce; y si el lector improvisa, tiene que interpretar y dar en el acto expresión a lo que interprete con mayor dificultad, porque no es suyo.

Veís, pues, cómo desde varios aspectos es más

difícil leer que hablar; pero en otros sucede lo contrario, porque el lector tiene delante lo escrito y nada tiene que encomendar a la memoria o a la improvisación; de todas suertes, el que sabe leer tiene mucho camino andado para ser orador.

La lectura, además, completa nuestra educación social en los tiempos que corremos, que a cada momento obligan a hacerla en actos públicos. ¡Y es lamentable la frecuencia con que vemos fracasar en este sentido a las más ilustres figuras políticas, científicas, literarias o artísticas, que cuando leen, por ejemplo, sus discursos de recepción académica, son, más que lectores, dulcísimos narcóticos de quienes les aplauden, agradecidos, sin duda, por la siesta dormida de que han disfrutado! (*Aplausos. Muy bien, muy bien.*)

Nótese, además, que estas manifestaciones artísticas tienen hoy una recompensa a que antes no era dable aspirar.

El orador podía antes esperar que sus discursos se perpetuaran escritos; pero la *manera de hacer*, tanto de los oradores como de los lectores, actores y cantantes, sólo podían apreciarla los oyentes y recordarlos una generación, después de la cual todo desaparecía; pero ahora se encargan de transmitir esas manifestaciones artísticas el teléfono, el fonógrafo y el cinematógrafo.

¡El tiempo, señores, me obliga ya a resumir, porque no cabe decir más en lo poco que queda! ¡Y ojalá tenga ahora el acierto debido para concretar lo que más me interesa que vosotros recordéis de esta conferencia!

Digo, pues, resumiendo, que hay dos géneros de lectura: una casi material, y otra que he llamado espiritual, para distinguirlas de algún modo.

La primera es la que se enseña a los niños, la que reproduce las palabras representadas por sig-

nos gráficos, y nunca se encomiará bastante su importancia, porque sin ella no sería posible llegar a la segunda. Todos cuantos esfuerzos se hagan para que se generalice hasta que no haya un solo español que no sepa leer, serán pocos; es preciso que no aparezcan más que afirmaciones en la casilla del padrón municipal donde esto se pregunta, porque las negaciones, aun siendo pocas, avergüenzan siempre mucho. Cierto que no será fácil que lleguemos a eso mientras no abandonemos nuestros delirios de grandezas, que nos hacen desear para la aldea más chica escuelas del tamaño de catedrales, con todos los perfeccionamientos de calefacción, ventilación, higiene y demás que puedan imaginarse, para dar en ellos enseñanzas comprendidas en programas inacabables, sin pensar que para lo uno faltará siempre recursos económicos, que lo otro se opone al desarrollo físico de los niños y que no importa tanto estudiar muchas cosas para saberlas mal, como saber bien unas cuantas apropiadas a la edad y al desarrollo físico e intelectual. Convengo en que hay que gastar muchos millones en Instrucción pública; pero será despilfarrarlos, si en vez de marchar con seguridad por caminos bien preparados que nos lleven al punto deseado, pensamos que se ataja y gana tiempo caminando a campo traviesa, sin objetivo ni rumbo. He dicho más extensamente en otra parte y en otra ocasión, que se puede sacar gran partido de las cosas pequeñas y de los cortos recursos: maestros, maestros y maestros antes que todo, porque ellos suplen la falta de programas, de textos, de gabinetes y de otros elementos, y a falta de ellos, y con el sólo propósito de enseñar a leer, los Secretarios de Ayuntamiento de los pueblos u otras personas que pudieran dedicarse a esa labor con una gratificación, que siendo para el

Estado un sacrificio mezquino, les hiciera a ellos la vida agradable y a la Nación un bien de la mayor valía. Sin eso, no se llega al libro, y, como decía mi ilustre y querido amigo y conterráneo Sr. Cossío, el libro es el que enseña y en el libro es donde se aprende.

Y no digo más de esto, porque no entraba en mis miras tratar hoy de este primer género de lectura y porque me han dicho que piensa dedicarle una noche, nada menos que el Sr. Menéndez Pidal, espíritu cultísimo, inteligencia privilegiada que enaltece cuanto toca, y no puedo yo hacer cosa mejor que dejarlo en tan buenas manos!

Pero así que se llega al libro, hay que empezar a leer, no de la manera efímera, superficial e ineficaz para la cultura que he descrito, sino la detenida, honda, escrupulosa y meditada que vengo recomendando, la cual tiene su laboratorio especial que debe con esmero cultivarse: la lectura en público.

Pues bien; ni esto se enseña en ninguna parte, ni en ninguna parte se aprende, por tanto.

No se enseña a los niños, y es gran fortuna, porque sus inteligencias no están para ello suficientemente desarrolladas; y digo que es gran fortuna, porque con la facilidad más lamentable incluimos en el cuado de enseñanzas cuanto a cualquiera se se le ocurre, agotando sus energías físicas y haciéndoles estudiar mucho para no saber nada.

No se aprende tampoco en los institutos, porque aun cuando ya tienen los muchachos uso de razón no están preparados aún para sacar fruto de esta labor. Y no se aprende tampoco en las Universidades, ni escuelas especiales, ni Ateneos, ni Academias, ni Centros de cultura de ninguna clase, y os aseguro, que sería impertinente el pretender extender estas enseñanzas por la Nación española,



porque yo no he averiguado todavía cómo se enseña sin maestros y no conozco en número bastante los maestros de lectura!

Pero si en alguna parte pudiera intentarse el implantar tan considerable adelanto, sería aquí, en este Ateneo; y si aquí no se intenta, ¡habremos de perder toda esperanza!

Este es el Centro de España y el de cultura más importante y simpático; los que se han significado como buenos lectores están aquí, en Madrid, y el modo práctico de conseguir lo que digo, sería el que ahora os indicaré.

¡No creáis por eso que tengo la inocencia de pensar que lo lograremos! Es cosa demasiado importante, necesita una perseverancia que no nos caracteriza y exige especiales condiciones de patriotismo, de entusiasmo, de sinceridad, de ingenuidad, de valentía para ser sincero, dentro del mencionado laboratorio de esas enseñanzas, que no son como las ordinarias de relación de supremacía entre profesor y discípulos, sino de cooperación singularísima, en la que uno y otro, mutuamente, se necesitan; pero... ¡ahí va el modo!

¿Necesitaréis que os asegure que la de lectura en público no os he dicho casi nada? Me he limitado a aquellos lineamientos generales que la caracterizan y que podían caber en el tiempo que destinamos a estas sesiones; pero de esto se han escrito muchos libros y los he leído muy interesantes en español, en francés e italiano; sobre ello hay ya prácticas establecidas, reglas recomendadas, doctrinas admitidas, y para exponerlas debidamente necesitaría un curso bien nutrido de conferencias.

Sería, pues, lo primero abrir sobre esto una discusión para examinar y discutir esas doctrinas, hasta adoptar una adaptable á nuestras especiales condiciones constitucionales. Vendría después el ro-

gar a los que ya conocíamos como buenos lectores y a los que se han revelado como tales con ocasión del Florilegio de poetas castellanos, que tuvieran la bondad y nos hicieran el honor y el bien de hacer públicas lecturas.

Entonces sería cuando pondríamos a prueba la valentía de ser sinceros, para no consentirles que se salieran de los cánones establecidos, obligándoles a perfeccionarse y a ser verdaderos intachables maestros.

Y, finalmente, ¡encargándose ellos de amaestrar a otros y nosotros de ser también con éstos sinceros, habríamos logrado lo que tan inabordable parece! ¡Y cuánto se podría enseñar leyendo bien cosas buenas! ¡Y cuánto se podría aprender oyendo buenas cosas bien leídas!

Quisiera yo ahora demostraros hasta qué punto es verdad eso de que esos estudios deben hacerse en colaboración de profesores y alumnos. Para ello me sería forzoso hacerme cargo de algunos conceptos que he suprimido, porque no cabían en la hora, y, como ésta ha pasado, necesito abusar un poco de vuestra resignación y rogaros que me concedáis algunos minutos más. (Sí, sí.)

Hemos visto cómo, aun cuando la lectura no sea la oratoria, tiene con ella muchos puntos de contacto.

Asimismo digo ahora que también los tiene con la declamación, aunque sea cosa distinta.

La declamación, como todas estas manifestaciones artísticas, deben inspirarse en la verdad, y en honor de ésta, debemos decir que nuestros actores, no sólo van muy acertadamente por ese camino, sino que acaso caen en la exageración. Si tienen, por ejemplo, que representar una escena que se desenvuelve en un gabinete pequeño y con la intervención de pocas personas, ¿quién justifi-

caría el que se esforzara la voz más de lo preciso para que oyeran los que se hallan a un metro de distancia? ¿Sería atenerse a la realidad el hablar a gritos? Sin embargo, se va al teatro a enterarse de las bellezas de la obra dramática, y para ello lo primero es oír, y el que no oye, no vuelve al teatro. Y como yo no conozco, ni cabe imaginarlos, edificios de condiciones acústicas tales que hablando para los que están a un metro de distancia oigan los que ocupan las localidades más lejanas, aunque valiéndose de ciertos recursos artísticos, se puede imponer el silencio, que es lo que más agranda la voz y achica las distancias, no habrá muchas veces más remedio que gritar, y en forma, además, que no parezca que se grita, ¡que ya es dificultad!

Algo parecido sucede cuando se lee; lo primero es hacer que oigan los que escuchan, y os diré a este propósito lo que me ha enseñado una desgraciada propia experiencia. Pasarán ya de veinte los actos públicos que he realizado de recepciones académicas mías o de contestación a otros compañeros, y durante mucho tiempo me han estado diciendo los amigos que leía mal y que no se me oía nada.

La práctica me ha ido enseñando una porción de cosas que no puedo ya deciros ahora, pero os diré una como muestra. Siempre que el lector dice la palabra «Señores», con que suelen empezar los discursos, mirando al libro que ha de leer, ¡está perdido! Es preciso que levante la cabeza y que la pronuncie dirigiéndose a los que ocupan las localidades más lejanas y con el propósito de que esos le oigan, ¡entonces está salvado cuanto a la entonación! (*Risas, aplausos.*) ¿Y quiénes sino los oyentes han de decir si se oye o no, cuánto y cómo ha de esforzarse la voz, si se habla claro o borrosamente? Y también cuando se lee o habla en grandes tea-

tros, en reuniones de propaganda política o con otros fines, hay que hacerlo a *grito pelado*, ocultando cuanto se puede estas entonaciones, que no pueden menos de ser en tales casos exageradas.

Con ser ésta importante, hay otras razones más de fondo.

Vo os prometo una conferencia sobre un tema que, si es mío, habrá de ser necesariamente chico. Es gramatical; ¡pero la Gramática puede proporcionarlos muy profundos! Si os digo que es de Ortografía, ya rebajaremos mucho la talla. Pero se trata de una de las notaciones que en castellano no se usa casi nunca, aunque debiera usarse mucho, de la diéresis, que sólo tiene aplicación como signo diacrítico para dar valor a la letra *u* en sílabas que de otro modo no se pronunciarían ¡Y todavía he de reducir el estudio a las aplicaciones que debiera tener en los verbos cuyo infinitivo termina en *iar*! ¡Pues yo os demostraré que sin saber eso que parece nada y sin hacer de ello un uso perfecto, no se puede estar seguro de escribir, hablar, leer o representar en castellano! ¡Podrá el escritor escribir las palabras sin cuidarse de la notación ortográfica y dejando que salgan del apuro como puedan el orador y el lector; pero ninguno de éstos sabrá con seguridad si lo hace en correcta lengua castellana!

Demuestra esto la importancia que tiene para la materia que examinamos el usar bien las notaciones ortográficas y hacerse bien cargo de ellas cuando se lee; pero aun hay razones más hondas, porque no siempre se dispone de tales notaciones. ¡No sé si continuar, porque temo ya seriamente molestaros! (*No, no, continúe.*) ¡Perdonadme!

Sucede, en efecto, que esta hermosa lengua nuestra, a la que colocamos al nivel de las mejores o sobre las mejoras, no sé si porque es la nuestra

o porque lo merece, tiene una deficiencia de signos ortográficos innegable y dolorosa. Tenemos uno para la interrogación y otro para la admiración. Pero ¿y la duda? ¿Y la violencia? ¿Y la burla? ¿Y la ira? ¿Y la ironía? Y para decirlo de una vez: ¿Y el énfasis? ¡Estos movimientos del ánimo no tienen expresión posible, y es, no obstante, necesaria!

¿Qué es el énfasis? El énfasis es la palabra matizada, dibujada, y coloreada, latente, viva, con alma, y más aún que esto, porque el énfasis se propone y consigue decir más que la palabra por sí sola dice. La palabra humana sin el énfasis, sería un redoble de tambor, con pianos y fuertes, si se quiere; pero siempre redoble. (*Risas; muy bien, muy bien*). Las mismas palabras dicen con el énfasis cosas diametralmente contrarias, y sólo las palabras toman los taquígrafos y las reproduce la imprenta.

Ejemplos: Entre los que antes pensaba discutir y no hago ahora más que presentar.

Imaginemos que en un discurso aparecen estas palabras: «Pero en mi vida he visto catástrofes mayores». Pues, dichas de un modo, querrán decir que se hablaba de catástrofes muy grandes y, no obstante, afirma el que habla que durante su vida, en la duración de su vida, ha visto otras mayores, mientras que pronunciadas de otro modo dirán que son las mayores que ha visto, porque entonces, la frase *en mi vida* sustituye a las palabras *nunca o jamás*. Todos sabéis, en efecto, que casi siempre la frase *en mi vida he visto tal cosa*, quiere decir que no se ha visto nunca.

Imaginad todavía que un orador, dirigiéndose a determinada persona, dice: «No quiero hablar de immoralidades con S. S., porque en esto tiene un cartel bien conocido». (*Risas*).

Dicho en una forma no habrá elogio mayor, porque será reconocer una excelente y merecida reputación de honradez y hombría de bien, en tanto que pronunciadas de otro modo, no quedará a nadie duda de que le ha llamado *sin vergüenza*. (*Muy bien, muy bien, aplausos*). ¿En qué forma ortográfica cabe dar a las palabras esas diversas significaciones? ¡No hay modo de hacerlo!

Y si me he esforzado esta noche para convencerlos de lo difícil que es leer lo que está escrito, ¿cómo se leerá lo que ni está escrito ni es posible escribir?

¿No veis ya con entera claridad que es preciso leer pensando, meditando, discurriendo, analizando y muchas veces adivinando?

¿No veis ya que muchas veces no será dable que uno se conforme con su propia interpretación y con sus adivinaciones y crea necesario consultarlas con otros ojos que vean más o entendimientos más despiertos o afinados?

¿No veis ya la utilidad de ese concurso, de esa cooperación, para hacer el uso debido de las notaciones ortográficas, cuando de ellas se dispone, o para interpretar lo escrito cuando no se usan o faltan, y aun para proponer la adopción de algunas que se juzguen indispensables, a fin de que la escritura y, por tanto, la lectura sean tan expresivas y vigorosas como a la contextura especial de nuestra hermosa lengua castellana corresponde?

Ahora bien; si mis esfuerzos esta noche se enderezan a persuadirlos de la bondad inestimable del leer bien, dicho está que he de encontrar censurable el que no se haga cosa alguna ni para enseñarlo ni para aprenderlo.

Pero hay otra cosa mucho peor aún, que yo califico de verdadero delito de lesa cultura, ¡y que consiste en enseñar a leer mal!

Tal sucede cuando se obliga a los niños a pensar en cosas que no pueden entender en el estado embrionario de sus facultades intelectuales; tal sucede cuando tienen que aprender lo que no queríamos explicarles porque no queremos que lo entiendan; tal sucede, en suma, cuando se les obliga a leer, no para que sepan, sino para que crean ¡que es la mayor perturbación que puede llevarse a sus inteligencias nacientes! (*Muchos aplausos.*)

Será éste por lo menos un problema psicológico de grandísima importancia que requiere más espacio, y yo me veo ahora sometido a la influencia de otro género de lectura, de la que no os he dicho una sola palabra. Me refiero a la lectura de los movimientos espirituales que se reflejan en los semblantes; y cuando miro los vuestros, leo en ellos vuestra resignación, vuestro cansancio, vuestro aburrimiento. (*No, no*). ¡No podéis más!

Y siguiendo el consejo que me da esa lectura, termino.

¡Muchas gracias y buenas noches! (*Grandes y prolongados aplausos.*)

